

AUTORA	Joyes y Blake, Inés
TÍTULO	<i>Apología de las mujeres</i>
DATOS BIBLIOGRÁFICOS	Madrid: en la imprenta de Sancha, 1798, pp. 173-204.
EJEMPLAR	Madrid, Biblioteca Nacional de España U.2636, (texto completo).
NOTAS	‘Apología de las mujeres’ está integrada, a modo de apéndice, en la traducción que Joyes hizo de <i>El príncipe de Abisinia</i>
EDICIÓN	Irati Santos Uriarte
RESPONSABLE	María D. Martos
ISSN Y FECHA	ISSN 2659-2924, marzo 2019

EL PRÍNCIPE DE ABISINIA
 NOVELA
 TRADUCIDA DEL INGLÉS
 POR
 DOÑA INES JOYES Y BLAKE.
 VA INSERTA Á CONTINUACION
 UNA APOLOGÍA DE LAS MUJERES EN CARTA
 ORIGINAL DE LA TRADUCTORA
 A SUS HIJAS.



MADRID
 EN LA IMPRENTA DE SANCHA.
 AÑO DE MDCCXCVIII.



© Biblioteca Nacional de España

[h. 1 en blanco] [h. 2r]

Historia de Raselas, Príncipe de Abisinia

[h. 2v, en blanco] [h. 3r] [Portada]

El príncipe de Abisinia. Novela traducida del inglés por doña Inés Joyes y Blake. Va inserta a continuación una apología a las mujeres en carta original de la traductora a sus hijos.

[Adorno tipográfico con anagrama]

Madrid. En la imprenta de Sancha. Año de MDCCXCVIII (1798)

[h. 3v, en blanco]

[h. 4r]

A la Excma. Señora D. María Josefa Pimentel, duquesa de Osuna, condesa de Benavente, &c.&c.&c.

Ofrece esta leve demostración de obsequioso afecto, su más atenta y apasionada servidora, Inés Joyes.

[h. 4v, en blanco]

[h. 5r-6v, Índice de capítulos de la novela]

[p. 1-172, Traducción novela de Samuel Johnson *El príncipe de Abisinia*]

[p. 173]

Apología de las mujeres

[p. 174, en blanco]

[p. 175]

Advertencia

Sabido es que la disputa sobre preferencia o preeminencia de los sexos es uno de los asuntos de conversación más comunes en la sociedad.

Una vez que sostuve con calor esta disputa, quise referir después a mis hijas cuáles habían sido mis principales argumentos y les escribí la carta que ahora doy al público. Pero de la defensa de las mujeres pasé a notar algunos de sus defectos y a dar tal cual consejo sobre la crianza de los hijos; en una palabra, salí casi sin conocerlo de los límites del tema primitivos, como sucede ordinariamente en las conversaciones familiares.

Ruego a mis lectoras que disimulen esta imperfección y los desaliños del estilo, en favor de mi recta intención. Y a los lectores aconsejo que se abstengan de críticas mordaces o impertinentes, pues confío no me faltarán en todo caso protectoras que se animen a emprender mi defensa y, si conspiran muchas, a sacudir el yugo de la preocupación [p. 176] que injustamente favorece a los hombres, bien presto se verá cuán poco puede el pedantismo de los que se llaman sabios contra la sana razón natural y la sencilla explicación de las mujeres.

[p. 177]

Hijas mías:

No puedo sufrir con paciencia el ridículo papel que generalmente hacemos las mujeres en el mundo, unas veces idolatradas como deidades y otras despreciadas aún de hombres que tienen fama de sabios. Somos queridas, aborrecidas, despreciadas y censuradas. El más ceñudo filósofo

suele alegrarse al ver una mujer hermosa y el mas despreciable pisaverde, después que se ha estado esmerando en atraerse la atención de un concurso de damas, sale de allí y a todas, una por una, las ridiculiza: se jacta de que esta se muere por él y que la otra rabia porque no la ha tributado obsequios. A la seria llama hipócrita melindrosa; a la alegre, coqueta; a la que racional, bachillera y a la que, como él, solo trata de fruslerías, ignorante, siéndolo él en extremo. Mas, ¿qué digo? Me quejo de la injusticia de los hombres con nuestro sexo porque a la verdad me sobran razones, pero también es cierto que nosotras por no saber usar de las ventajas que nos concedió la naturaleza, nos hemos constituido en este infeliz estado. Discurramos un poco y veamos si me fundo.

Cuando Dios crió a Eva y se la dio por [p. 178]compañera a Adán, estaba este en el estado de gracia; luego fue favor con que quiso Dios completar su dicha. Se dejó Eva seducir por la astucia de la serpiente y Adán se rindió a los ruegos de la mujer. Pecaron ambos y ambos llevaron su castigo. Dejo a los doctos la disputa de cuál pecó más, cuál pecó menos. Lo cierto es que ambos fueron sentenciados a muerte, ambos arrojados del paraíso, ambos quedaron sujetos a las miserias del estado de la culpa y a cada uno se le dio su pena particular: al hombre, que había de ganar el pan con el sudor de su rostro, y a la mujer, que con dolor pariría sus hijos. El que hubiese de estar sujeta al hombre (cosa que tanto nos echan en cara los preciados discretos) fue una precisa consecuencia del estado imperfecto a que quedó reducida a naturaleza humana. Mientras duró el de gracia, mandaba la razón sin encontrar repugnancia alguna. Pero al pecado se siguió el desorden de las pasiones que causan la variedad de pareceres. Y en esta variedad y contradicción, no habiendo subordinación alguna, todo había de ser precisamente disensiones, discordias y desorden. Así que, al hombre como más robusto y que debía ganar el pan, se le encargó la protección y defensa del otro sexo, y a esta protección era consiguiente un género de gobierno. Pero de esto no se arguye desigualdad, así como no arguyen desigualdad personal ni esencial las varias [p. 179] autoridades que conocemos en el mundo. Manda en grado superior en la milicia un mero particular a muchos grandes que por su nacimiento y circunstancias son muy superiores a él. En la Iglesia, en la Toga, en todas clases sucede lo mismo, y bien se guardaría en estos casos el superior de decir “soy más que fulano porque mi empleo es superior”. Asignó Dios a cada sexo sus destinos y conforme a ellos les dotó de aquellas propiedades que les convenían. Al hombre, le dio la fuerza; a la mujer, la perspicacia, y como de genio más blando y flexible, dispuso fuese su voto el segundo en las consultas. Sin embargo, no se halla en ninguna parte que prohibiese el que mandara soberanamente, pues vemos y se han visto en todos los tiempos reinos gobernados por mujeres con mucho acierto y felicidad. Que el mayor talento esté anexo a la mayor robustez es idea de que se reirá toda persona juiciosa. Aunque no faltan necios que, para

sostener su pretendida superioridad, lo defienden. Pero compárese un gañán forzado e ignorante con un hombre de buena educación y estudioso, aunque de complexión delicada, y se verá que si se ponen a luchar vence el gañán, pero si a discurrir, el estudioso. Nos sacan a cada paso a colación la ignorancia de las mujeres, su veleidad, su amor a las bagatelas, su curiosidad, su vanidad, su falsedad, etc.; sin [p. 180] embargo, que todos sabemos que están prohibidos muchos libros que en nuestros tiempos han salido, los que siguiendo en esta parte la doctrina del Alcorán, niegan a las mujeres la igualdad del alma racional. Es ciertísimo que en modo con que se discurre y habla de nuestro sexo son comunes tales máximas pues nos tratan muchos hombres o como criaturitas destinadas únicamente a su recreo y a servirlos como esclavas o como monstruos engañosos que existen en el mundo para ruina y castigo del género humano. ¡Injusticia fuerte! ¡Notable desvarío! Digan los hombres lo que quieran, las almas son iguales y, si por la mayor delicadeza de los órganos, son las mujeres mas aptas para un género de aplicación y los hombres, por su mayor robustez para otro, nada prueba esto contra nosotras pues no es la abeja entre los volátiles menos que el buitre, aunque este sea, sin comparación, más grande y forzado; ni la oveja menos que el león, pues mientras este solo se ocupa en destruir y devorar, sirve aquella al hombre mansamente con alimento y vestido. La abeja gobierna su colmena y la llena de delicada miel y utilísima cera, mientras el buitre anda vagueando para buscar entre crueldades su pasto. Vamos claros: los vicios o defectos que se suelen hallar en las mujeres ya están dichos. Rara, rarísima es la que cae en aquellos [p. 181] enormes que se encuentran en los hombres muy comúnmente y que son difíciles de numerar. Y por eso cuando los robos, los asesinatos, la embriaguez, el juego que arruina las familias, la disolución, el atrevimiento, el desprecio de las leyes y otros delitos semejantes se encuentran alguna vez en las mujeres, causan grande horror, por ser tan ajenos a su natural. Me dirán que los amores ilícitos son también comunes en las mujeres y no lo negaré. Pero con dificultad se hallará una encenagada en tan torpe vida que, si se llega a indagar el principio de su desgracia, no se encuentre haber sido los engañosos halagos de algún malvado. Perdida ya la estimación, la misma desdicha en que se ve constituida la arrastra a seguir, las más veces con repugnancia, aquella mísera carrera. Me redargüirán con que esta moda tan introducida del cortejo no la siguen por necesidad. Yo, que soy ingenua, responderé con vivo dolor de mi corazón que es verdad; y por esto dije al principio que nosotras mismas, por no saber usar de las ventajas que nos concedió la naturaleza, nos hemos constituido en este infeliz estado. Sí, nosotras tenemos la culpa. Fuimos criadas para el noble destino de madres respetables de familia y esposas que, con la afabilidad del trato, ayudasen a sus consortes a llevar la pesada carga de los cuidados de esta vida. Y aquellas cuyo genio y circunstancias separan del yugo del matrimonio están destinadas [p. 182] a conservar el buen orden en las casas de sus padres, hermanos y parientes,

pues difícilmente se encontrará casa bien gobernada y arreglada que no lo sea por mujer. ¿Por qué, pues, hemos de poner nuestra gloria en ser celebradas de los hombres por nuestras prendas exteriores y que esta mal fundada ambición cause tan constante rivalidad entre nosotras, que el que se precia de político, si alaba a alguna en presencia de otras tiene cuidado de decir *mejorando lo presente?* Por eso, comúnmente empiezan los hombres a obsequiar a unas censurando y ridiculizando a otras, valiéndose de esta tan vergonzosa habilidad para engañarlas. Y a tanto llega nuestra flaqueza, que por más que digan los hombres que las mujeres solo se adornan por parecerles a ellos bien, es muy cierto que cualquiera pone más cuidado en prenderse cuando ha de presentarse en un concurso de señoras que cuando ha de ir a donde no haya más que hombres, pues no ignoran que a estos, con menos trabajo, parecen bien. Pero la propensión que las más tienen de satirizarse unas a otras, las hace temer su mordacidad y esperarse en evitarla. ¡Arduo empeño a la verdad y origen de infinitos males! A este deseo de sobresalir se debe el lujo excesivo que consume los caudales más crecidos. Infinitas, sí, infinitas conocen y lamentan en su corazón estas consecuencias y quisieran cercenar sus gastos. Pero, ¡oh, desgracia de nuestra naturaleza! [p. 183] (aquí hablo tanto con los hombres como con las mujeres). Tememos más la nota de ridículos que la de viciosos y arrebatados así del torbellino del mundo pasamos la mayor parte de la vida haciendo lo que la razón condena y no quisiéramos hacer y dejando de hacer lo que aprobamos y deseamos. Y para no parecer inconsecuentes defendemos en lo exterior lo que nuestro interior condena. Ponga cada cual la mano en su pecho y, a menos que no sea alguno de aquellos o aquellas que jamás pensaron, concederán que hablo la pura verdad.

Veamos el modo con que generalmente se crían las mujeres. Apenas empiezan a pronunciar y andar cuando ya se les habla de hermosura, de garbo, y aún a muchas, por chiste, de cortejo, cuya doctrina suelen algunas entender antes que la cristiana. Aprenden a leer y escribir, y esto no todas, pues hay en España padres tan necios, aún de aquellos muy preciados de caballeros, que se resisten a que sepan escribir sus hijas con el pretexto de que sería facilitarles correspondencias amorosas. ¡Qué desvarío! ¡Como si en caso que se inclinase a tales veleidades les pudieran faltar secretarios! Concedamos pues que las más aprendan a leer mascado y hacer garabatos; pero letra clara, ortografía, estilo, elección de libros... De eso no se trata. Comedias a centenares, algunas novelas y tal cual [p. 184] vida de santo. Este es el cúmulo de su erudición. Aprenden en su primera edad aquellas labores mujeriles que en todas y cualquiera clase parecen bien en todos tiempos, pero generalmente es como por tarea y de mala gana, acostumbándose sus oídos muy temprano a conversaciones en que se tratan las tareas domésticas de las mujeres como asuntos solo dignos de espíritus apocados o de personas de menos que mediana esfera. Y al mismo tiempo oyen celebrar el buen gusto en el vestir de esta, lo que lució aquella en el baile y

los corazones que estotra arrastra por donde quiera que pase.

Llega a un pueblo una forastera y oye que lo primero que se pregunta es si es bonita, si es petimetra; pero nunca si es entendida, si es juiciosa. Lo más celebrará alguno su agudeza, donaire y chiste, que examinado despacio será quizás bachillería, fruslería, altivez y descaro. Si por el contrario tiene algo de cortedad o timidez, luego la motejan de tonta. Bueno es un cierto despejo en el modo de presentarse y hablar, pero esto se adquiere con el trato de gentes y el tiempo y no tendré por tonta a una señorita de poca edad que se turbe al encontrarse con gente que no acostumbra a tratar. Con gusto leí en Feijoo que nunca hizo buen concepto de muchacho en quien advirtió frente muy osada. Y si de los muchachos se dice esto, ¿qué diremos de nuestro sexo cuyo amable carácter es la [p. 185] modestia? ¿A quién no encanta un semblante que con facilidad se cubre del carmín de la vergüenza? Vamos claros, el amor propio nace con nosotras como con los hombres y por más que nos digan que la virtud se debe seguir porque es apreciable y que todo bien se debe obrar sin pensar en aplauso ni vituperio, sin embargo, el deseo de aquel y la repugnancia a este permanecen siempre en el corazón humano. Digo más, que en el día en que se llegasen a desarraigar estos dos principios de las acciones y plantar en su lugar una entera indiferencia acerca de la opinión del mundo, nos inundará el torrente de la maldad, de suerte que los pocos, si los hay, que desnudamente aman la virtud por lo que es en sí, tendrían que huir a los montes. He dicho si los hay, pues en realidad estoy lejos de mirar como vicio una noble emulación y un justo y moderado cuidado de conservar la honra.

Sentada, pues, esta basa, digo que las gentes naturalmente se inclinan a aquello que desde sus tiernos años oyeron celebrar y huyen de lo que oyeron vituperar y mofar. Por tanto, las impresiones que he dicho se les dan generalmente a las mujeres desde el principio, son contrarias a su propia felicidad, a la de su familia y al bienestar de la sociedad humana. Y esto es evidente pues toda su existencia se pasa en ser, cuando niñas, juguetes de sus padres y familias, y en llegando a la edad florida, [p. 186] idolillos vanamente adorados y ofuscados con el mismo incienso que se les tributa. ¡Qué anhelo para sobresalir unas entre otras! ¡Qué envidia, qué rabias cuando ven en otra mejor vestido, mejor peinado que el que tienen o pueden tener! ¡Qué aflicciones cuando un cortejante las deja por otra! ¡Qué lamentos cuando su peluquero no llega a tiempo o no las ha peinado con aquella perfección que querían! ¡Y qué angustia si en medio de esto vienen unas desgraciadas viruelas a desfigurar aquel semblante que idolatran con muchas más veras que los pisaverdes que se lo están diciendo a cada instante! Y al fin, el reinado de la hermosura de todas suertes es brevísimo: se va insensiblemente marchitando esa flor, y entonces, ¡qué de afanes para conservarla! ¡Qué medios para disimular los estragos del tiempo! Más a pesar de sus esfuerzos, llegan los días en que por más que les pese, el mundo las desengaña. Ya no ven

en los semblantes aquel agrado que causa la vista de una hermosura; ya no oyen celebrar como gracias aquellas fruslerías que realizadas por su belleza parecían donaires y agudezas. En fin, ya se fue el esmalte y no queda más que el valor del metal. ¡Desdichadas si este es de baja calidad! Ya no hay quien las corteje. Sus maridos se fastidian de ellas, sus hijos no las respetan, son objetos de burla y pasan el resto de sus días entre vapores y murmuraciones. Felices si a este [p. 187] desengaño sigue el entregarse a la virtud; pero lástima es que la que en tiempo no se acostumbró a hacer reflexiones útiles es difícil que en estas circunstancias las haga capaces de darla serenidad y paz de ánimo. El consuelo de la amistad se les niega porque en tiempo no apreciaron este don del cielo. Nada tienen que esperar de los hombres, pues huyen de ellas; ni de las de su sexo, porque las jóvenes se vengán de lo que por envidia las murmuran, haciendo burla de sus canas; y sus contemporáneas están hechas a mirarlas como competidoras y la amistad no es fruto que brota, florece y madura en breves días.

¡Pero cuán distinta es la suerte de una mujer acostumbrada a conocer su alma, a usar de su razón y a no dar a las prendas exteriores más valor del que se merecen! Aún en sus floridos años, cuando todo conspira a desvanecerla, tiene presente que durará poco su hermosura y que los que más la obsequian, si advierten que se complace en sus adoraciones, se jactarán de una correspondencia que no hay, o se vengará, si no les corresponde, con las sátiras más mordaces: ella sabe hacer justicia al mérito de otras mujeres y es amiga verdadera de sus amigas. Disimulando sus defectos, pues ¿quién no los tiene? Dura cosa es que viva nuestro sexo privado de la única satisfacción que hay en el mundo, que es la de una sincera amistad. Esta es rara sin duda, [p. 188] pero hay y afirmo que el natural de las mujeres es más propenso a ella que el de los hombres. Me dirán que hay en las historias algunas noticias de amistades heroicas entre hombres y no de amistad fina entre mujeres; pero esto no hace fuerza. Son pocas las amistades firmes de los hombres y por raras se han señalado. Por otra parte, como los hombres están más expuestos al teatro del mundo, salen a luz muchas acciones suyas que, aunque en las mujeres las hay igualmente heroicas, como no interesan al público, quedan sepultadas en el olvido. Nadie me negará que no cabe verdadera amistad si no se funda en la virtud y es cierto que comúnmente se pone más cuidado en inspirar a las mujeres amor a la virtud y horror al vicio. Además, su genio más blando, flexible y benévolo las inclina naturalmente a la amistad. Por desgracia, estas bellas disposiciones las vician temprano, o el mal ejemplo o el esmero de los hombres en atraer su voluntad, de suerte que se vuelve pasión que aflige lo que era semilla de felicidades. ¡Cuántas niñas contraen entre sí en sus primeros años un cariño que les causa infinitas satisfacciones! Pero esto dura hasta que entran en la palestra del mundo, donde nunca faltan hombres frívolos que se divierten en desunir aquellos cándidos corazones, trayendo y llevando chismes y ensalzando a la

que tienen delante a costa de la que está ausente; y como nada hiera más a un corazón [p. 189] sincero que la falsedad, la persuaden a que la que tenía por amiga la vende. Y esto basta para que se desprenda de todas, o si conserva algunas que llama así, es solo por razón de estado, a fin de que no falten concurrencias donde divertirse y lucir. Pero las que se crían con sólidos pensamientos se avergüenzan de la envidia y se precian de reconocer el mérito de las otras. Si en esto quieren decir que entra vanidad, será porque manifiestan sus discernimientos. Pero como aman sinceramente a su sexo celebran a todas aquellas que poseen cualidades dignas de aprecio. Saben lo que pueden contribuir a la reforma de las costumbres, desean que todas conozcan su valor y que no limiten su ambición a tan bajo punto como el de ser cortejadas de los hombres, los cuales, generalmente persuadidos de que a eso aspiramos van perdiendo insensiblemente el respeto que nos tenían en aquellos tiempos en que nos miraban como más altivas. No soy amiga de citar a cada paso tiempos antiguos, pues sé que siempre hubo en el mundo bueno y malo; pero es común opinión que menos de medio siglo hace no había tanto de esto que se llama marcialidad y no servían de diversión en los corrillos de muchos jóvenes los nombres de señoras, aún las más distinguidas, inventando pasajes que nunca hubo y jactándose de preferencias que nunca lograron. No faltará quien a esto pregunte si han de volver a vivir encarceladas las mujeres.

[p. 190] Estoy muy lejos de pensarlo, pues jamás se podrá llamar buena la que solo por miedo o falta de ocasión deja de ser mala. No, hijas mías, son más nobles mis ideas: nuestro pundonor, nuestro juicio, han de ser las únicas cadenas que nos sujeten; pero vamos claros, guardémonos de este duende que bajo los títulos Chichisveo, Cortejo, etc. se ha ido introduciendo en la sociedad, siendo peste de ella y ruina de la paz de las familias. Creo que el mayor número de las que siguen esa perniciosa moda, solo lo hacen llevadas del vano deseo de sobresalir fomentado por la frívola educación que se les acostumbra a dar. Pero, sin embargo, no hay duda que entregadas una vez a semejante distracción se avergüenzan de retroceder y pierden el gusto a aquellos placeres más sencillos, inocentes y durables que produce el interior de una familia bien arreglada y el trato racional y amistoso de una sociedad de gentes juiciosas y agradables. Y en pago de esto, ¿qué alcanzan sino ser objeto de una fingida o inconsciente adoración y el platillo de las conversaciones de las gentes? Los hombres que se dedican al papel de cortejantes llevan envuelta en sus aparentes rendimientos más malicia de la que comúnmente sospecha la que los oye. ¡Cuántos entran llenos de sumisión y luego se portan como dueños no temiendo dar muestras de su mala condición aún a los criados de la casa! Fuerte cosa es [p. 191] que de tal suerte tiranice la moda a algunas que teniendo muy a mal que un marido las quiera gobernar o ponga algún reparo en su conducta, sufren que un cortejo se atreva a mandar muchas veces hasta en los asuntos interiores de la familia. ¡Y si se muestra enojado no saben cómo darle

satisfacción bastante! Intolerable cosa es sufrir a un marido celoso, impertinente, vicioso, etc. Pero, al fin, hay la esperanza de que con la paciencia y la maña se podrá mudar. Y sobre todo es virtud el tolerarlo y esto sirve de consuelo. Pero tolerar a un tirano que solo porque conoce un corazón flaco (y por tanto lo desprecia) se atreve a hablar en tono de autoridad y se quiere hacer temer. Es bajeza, es vileza, es... qué sé yo. Créanme todas: si es casada la que sigue la moda del cortejo, busca sin duda satisfacción, y esta la tendrá solo aquel corto tiempo que la deslumbre su vanidad, pues muy pronto se cansarán, o ella de él, o él de ella, y luego todo se vuelve enfados. Y precisamente ha de ser así si ambos son de espíritu frívolo; y si Madama tiene entendimiento, presto se fastidiará de un Adonispreciado de su petición de bagatelas y monadas. Y entonces, ¿qué han de hacer? Si se dejan de cortejos, dicen las gentes que es a más no poder, y si van de uno en otro no cesan de motejarlas de liviandad. [p. 192] Si una soltera da en esa manía, va enteramente errada, pues si su idea es encontrar marido sepa que el que más obsequio la haga, será el último que de veras piense en casarse con ella; y por más que se lo dé a entender no lo crea, pues aunque la dé conversación en todas partes y la siga como a su sombra, luego que vea que se dice entre las gentes algo de casamiento, se irá desviando con maña. Y aún dirá con mucha cachaza a cualquiera que se lo pregunte que nunca tal pensó y que no es culpa suya que las gentes hablen sin motivo o que la señorita se lo consintiese. Créanme: es el hombre de tal condición que donde encuentra facilidad se fastidia. Sea una señorita afable con todos en general, pero silla a silla siempre esquiva, siempre recelosa, siempre incrédula. Sepan que es idea general entre los hombres que con señoritas no puede haber más conversación que enamorar, hablar de modas y murmurar de otras mujeres; y que si a las arengas amatorias que tienen siempre prontas se les contesta con agrado y no se corta la conversación quedan consentidos de que aquel corazón es suyo. Y raro será el que le falte algún confidente a quien contar la conquista que ha hecho. En fin, estén ciertas de que las que más cortejos tienen, tarde o nunca se casan o se casan mal.

Pero ¿qué precisión hay de que se casen? ¿Por qué se ha de mirar como desairada la que llegó [p. 193] al tiempo de ser lo que vulgarmente llaman *Tía*? Viven infinitos hombres (y aún muchos a quienes sobra caudal para mantener con decencia una familia) largos años solteros, diciendo que no quieren perder su libertad y que temen encontrar con mujer impertinente, celosa, tonta, etc. De todo esto hay, es verdad. Mas también hay infinitas capaces de hacer feliz la suerte de cualquier hombre sensato. Pero de estas, la una les parece fea, la otra no tiene bastante caudal, esta sabe mucho, aquella es ignorante, una es muy niña, otra no lo es bastante: válgate Dios por mujeres y qué perfecciones se exige de ellas. Y un hombre, aunque sea viejo, feo y mentecato le parece que tiene derecho para pretender, si tiene caudal, aún a la mujer más perfecta. Y lo peor es que hay mujer que censurará a una pobre niña porque cavila y se detiene en admitir el partido que

se le presenta, sin hacerse cargo de que donde hay discernimiento cuesta mucho el vencerse a tomar por compañero y cabeza de su casa a quien no se puede mirar, no digo con amor, que es pasión poco durable, pero ni aún con aquel aprecio que se convierte en amistad firme. Los hombres tienen la ventaja del uso establecido de que a ellos toca pretender, y el que pretende elige dónde ha de dirigir su pretensión. A nosotras toca solamente admitir o negar. Y si, aunque sean muchos, no llega uno que agrade y convenga, ¿no será mucho [p. 194] mejor quedar solteras que exponerse a entregar su libertad a quien les repugne? ¿No sería esto engañar al pretendiente y exponer a grandes riesgos su dicha en esta vida y en la otra? ¿Hay tormento mayor que el vivir siempre con quien se aborrece? Y si a esta natural aversión con que se tomó el yugo matrimonial se sigue encontrar un genio imperioso, impertinente, celoso, gastador, vicioso, jugador, etc. ¿No es infierno temporal muy próximo a precipitar en el eterno? Me dirán que también están expuestos los hombres a encontrar mala suerte, y es mucha verdad; pero si quieren caminar con juicio y cautela no tienen tanto riesgo. Además, no se me puede negar que la mujer que dio con mal marido tiene más que sufrir que el hombre con mujer pésima, pues no está obligado a parar en casa cuando no le agrada, sino a las horas precisas. Entra y sale, hace viajes, se hace sordo a sus voces (si es de las que la levantan) y tiene mil modos, si quiere, de sujetarla. Pero la infeliz mujer, ¿qué recurso tiene? Cuanto más prudente es, más sufre y padece. Se vio obsequiada, acariciada, seguida por un hombre rendido mientras la pretendía, y luego que se ató al fatal nudo, se encuentra con un tirano que hasta sus pensamientos quiere gobernar.

Pero dicen comúnmente, aún gentes sensatas, que para los hombres hay diversos destinos, mas que para las mujeres no hay sino dos, pues han de ser [p. 195] o monjas o casadas. ¡Máxima perniciosa, erradísimo concepto que es causa de infinitos casamientos disparatados e infelices y de que se vean tantas arrepentidas! En toda la conducta de nuestra vida nos es necesaria la prudencia, reina de todas las virtudes, pero en nada más que en la elección de estado. Esta prudencia nos dice que antes de determinar consultemos a Dios por medio de la oración, a nuestros padres, o los que hagan sus veces, a nuestro directores y a nuestro propio genio y propiedades. Ello es cierto y cosa sentada que en cuanto al matrimonio no nos toca solicitarlo; pero sí el estado de religiosas en caso que nos hallásemos con vocación verdadera, la que se ha de examinar mucho antes de emprenderlo. Pero estemos ciertas de que no nos llama Dios al matrimonio mientras no se nos proporciona casamiento adecuado a nuestras circunstancias. Yo estoy firmemente persuadida de que una de las principales causas de la perversidad de costumbres, consecuencia pésima de la mala educación que se da generalmente a los niños, es la ligereza con que suelen contraer muchos este tremendo lazo. La codicia, la ambición, la vanidad intervienen solas en los que son tratados por los padres para sus hijos o en los que estos en edad

de reflexión, pero imbuidos de las máximas reinantes del siglo, tratan para sí; al paso que otros los forma no más que un ciego impulso de amor. ¿Qué crianza [p. 196] pueden dar a sus hijos unos consortes sitiados siempre del hambre y la necesidad de las cosas más precisas; los que en sus casas vivían cuando no con grandeza, a lo menos en aquella abundancia correspondiente a su estado, y ahora unidos todo se les va en pensar cómo conseguirán el pan del día; y en cada hijo que les viene tienen un nuevo motivo de angustia? Si no llegan a fastidiarse uno de otro será mucho, pero aun cuando no llegue este caso, no pueden tener aquella serenidad de ánimo que exige el cuidado de formar el corazón de sus hijos, cuidado que principalmente pertenece a los padres y que ha de empezar casi desde la cuna. No pretendo por esto que sean los padres sus únicos maestros pues, aunque muchos lo dicen y lo escriben, la práctica hace ver su imposibilidad. Maestros hay de primeras letras y sucesivamente para lo que les convenga aprender en sus primeros años, según las circunstancias en que se hallen o el destino que tengan (aunque a la verdad en esto hay trabajos en muchos pueblos de España, debiéndose en gran parte a atribuir al poco aprecio con que se acostumbra mirar a un maestro de escuela, lo cual es causa de no aplicarse a tan útil y respetable ocupación gentes que sean suficientemente capaces). Pero estudiar el genio de los niños, acostumbrarlos temprano a reprimirlo, darles ideas de rectitud, de veracidad, de compasión, de caridad, de beneficencia, [p. 197] en una palabra, de amor a lo bueno y horror a lo malo; esto, vuelvo a decir, lo harán los padres sin mucho trabajo como estén de acuerdo. Por desgracia, se suele equivocar la idea de educación, tomando muchas veces lo accesorio por esencial. Piensan muchos que quien no aprendió a hacer la cortesía a la francesa, bailar con primor, presentarse entre gentes con despejo, hablar varias lenguas, conversar a la moda, etc., aunque tenga infinitas cualidades excelentes, varios conocimientos útiles, un corazón recto y desinteresado y gran fondo de religión es hombre mal educado, porque quizás sus padres, aunque no despreciaban estos adornos, no tuvieron caudal o proporciones para dárselos; pero en recompensa procuraron darle caudal de sólidas virtudes para hacer ciudadano útil y capaz de presentarse delante de cualesquiera gentes sensatas, aunque delicadas, supliendo la falta de otras lecciones con aquel fondo de juicio que les hace hallar el modo de agradar con la suavidad de su trato.

Pues qué diremos de los casamientos tratados con mucho aparato, si acierta a unirse Adonispreciado de su persona con una esposa igualmente satisfecha de la suya; si dos niños; si viejo celoso con *Coqueta*; si... Pero dejemos esto. Ello es cierto ciertísimo que los hijos cuando advierten discordias entre sus padres (y lo reparan más temprano de lo que se piensa) les pierden fácilmente el respeto [p. 198] y, perdido este, no les hace tanta impresión la enseñanza ni los documentos que les oyen. Por otra parte, los casados disgustados con su suerte hasta de sus hijos

se fastidian y, por tanto, los entregan del todo a ajeno cuidado sin examinar siquiera si los maestros y ayos son para el caso. Sean de moda, estén bien recomendados, esto basta. El niño saldrá bien o mal criado según la suerte haya querido sean sus maestros. Es innegable que las primeras impresiones las reciben los hombres de las mujeres a cuyo cuidado están enteramente sujetos hasta los cinco años por lo menos. ¿Quién ha manejado niños que no haya observado que al año o antes empiezan a discernir, y si se les riñe por algo, se acuerdan, o si los celebran repiten aquellas monadas con gracia? Sobre este principio es fácil concluir que el tiempo de la infancia es el que se ha de aprovechar para poner en aquellos tiernos corazones los cimientos de todas las virtudes y que, mediante este cuidado que debiera ser nuestro, se podía seguir mucha reforma en las costumbres. Hagámonos a contemplar encerrada en su débil cuerpecito una alma, imagen de su creador y destinada a poseerle eternamente, y al paso que trabajamos en criarlo saludable y hermoso tratemos con mayor esmero en arrancar cuanto sea posible las semillas de los vicios de su entendimiento. Valgámonos para esto de la mayor industria, sirvámonos del ejemplo y de [p. 199] las diversiones y en lugar de los cuentos desatinados con que se les entretiene contémosles siempre historias verdaderas, pues tan lindamente se entretendrán refiriéndoles la creación del mundo y otros pasajes interesantes de la Historia Sagrada que cualquiera persona de regular crianza debe saber como con las patrañas de gigantes, enanos, brujas, encantos, etc. de que se les llena la cabeza. De este modo llevarán la ventaja de almacenar verdades que hacen amar la virtud y temer a Dios. Aquí entraba bien un tratado de educación, pero bastantes hay escritos. El caso es elegir los buenos y no preferir lo brillante a lo sólido, escollo en que nunca se tropezó más que en estos tiempos. Empecemos desde luego con espíritu de religión: sean las máximas fundamentales la verdad, la felicidad, la docilidad y la aplicación. Tengamos por cosa cierta, y hablo por experiencia, que se les imprime más a las criaturas cualquier máxima hablando delante de ellas como si no se advirtiese que estaban presentes que en dos horas de amonestación que se les haga directamente: haya cuidado de no proferir delante de ellas máximas peligrosas ni aún en chanza, pues en aquella tierna edad no son capaces de discernir y todo lo que oyen se les imprime, ya sea crítica de personas eclesiásticas y religiosas o de prácticas de devoción, aunque no sean las necesarias. De todo esto se ha hablar en su presencia [p. 200] con suma veneración y respeto, pues demasiado expuestos estarán en el discurso de su vida a perder el afecto a su religión. Y en un tiempo que se va haciendo moda reírse de lo más sagrado es menester trabajar constantemente en que eche el espíritu de piedad profundas raíces en aquellos tiernos corazones. Algunos que escriben de crianza, empiezan poniendo todo su conato en persuadir a las madres a que alimenten a sus hijos con su propia leche. Tienen razón, pero no es justo que traten de malas madres a todas las que no lo hacen. Muchas hay cuya constitución delicada no las permite tolerar

los trabajos de tal empeño y yo he conocido a algunas a quienes costó la vida. Lo peor es que algunos maridos que leen los tales tratados, el primero y a veces el único punto a que se aficionan es ese, teniendo valor de ver a sus pobres mujeres pasar postemas de pecho, inapetencias y otros males sin querer que se remedien. Las infelices sienten todavía más la dureza y falta de compasión de sus maridos que el mismo mal que padecen, y cuanto más entendidas y de más finos sentimientos, más se afligen. Este es ciertamente un punto que se debería dejar a la prudencia y conciencia de la misma que lo ha de sufrir. Por otra parte, ¿cómo me probarán que siempre ha de ser mejor al niño la leche de su madre si esta es de complexión poco sana (y muchas lo empiezan a ser luego que se casan por culpa de [p. 201] los señores míos)? ¡Ah! Y qué bien vendría aquí la fábula del hombre y el león paseándose en una galería de pinturas. Rara vez escriben las mujeres, y ya es asunto de moda entre los modernos eruditos escribir sobre la crianza física de los niños, sacando siempre la grave falta de las mujeres que no dan de mamar a sus hijos; pero ninguno he visto que toque la inhumanidad de los hombres que habiendo vivido una vida desenfrenadamente viciosa pasan sin escrúpulo a contraer matrimonio con una sencilla paloma, cuyo semblante a muy pocas semanas manifiesta la impiedad del que la ha contaminado y de resultas a todos sus descendientes. No quiero extenderme más: harto he dicho y ojalá me entendieran y me creyeran. Ciertamente perjudica más esto a la sociedad que el que algunas mujeres (que siempre son en corto número) por alguna sobrada delicadeza dejen de criar sus hijos, pues generalmente la que busca ama, la busca sana y de buenas propiedades: y afirmo que hay muchas que no pueden criar y son excelentes madres de familias. Sería alargar este discurso más de lo que me permite el tiempo y la idea que me he propuesto, el responder a todo lo que afirman sobre esto los modernos escritores de crianza física. Más bien suplicaría a algún facultativo imparcial que escribiese sobre las varias enfermedades que padecen las que crían y sobre los medios de precaverlas y curarlas. Volvamos [p. 202] a mi tema principal de que se forme temprano el corazón de los niños, procurando desarraigar las semillas de los vicios e inclinándolos a la virtud. Para que la madre sepa hacerlo sería menester que fuesen las mujeres algo más instruidas de lo que por desgracia se pretende. He oído a algunos reverendos de bonete y capilla, a pretendidos filósofos y a doctos decir que basta que la mujer sepa coser, gobernar la cocina de su casa y rezar, que lo demás es en ellas bachillería. Falta la paciencia para oír el desatino tan garrafal. Pues que, ¿todos los hombres a quienes diariamente oímos discurrir sobre asuntos políticos, historia, artes, etc. han estado en colegios o seguido estudios? No, por cierto: muchos ni palabra de latín saben y muchos adquirieron la tal cual instrucción que tienen en edad casi adulta porque sus padres no supieron o no tuvieron proporción de dársela cuando se criaron. Pero llegó el caso de acercarse a gentes cultas, les vino el deseo de poder tener parte en las conversaciones, lograron buenos

libros, se aplicaron a leer y con esto y el trato de buenas compañías se disiparon las nieblas de la ignorancia que ofuscaban su entendimiento y hablan en las concurrencias sin recelo de que se traten de bachillerías sus discursos, teniendo siempre el cuidado de no dar voto en lo que no entienden. Pues si con solas aquellas luces naturales tal cual Dios se las dio, se les admite en cualquier [p. 203] conversación, quisiera saber qué ley hay, en qué tiempo se promulgó o por quién para que las mujeres estén siempre reducidas a tratar de sus modas, cintas, flores, etc. ¿Por qué ha de ser su única conversación el cortejo, la murmuración, las reyertas de su casa y el mostrar su erudición en punto de cocina, vanagloriarse de su gobierno doméstico, celebrar las gracias de sus hijos y las más finas trata del baile, juego, paseo, comedia, etc.? Hay en una sala seis u ocho señores y otras tantas señoras y si se suscita alguna conversación racional habrá tal vez alguna que guste de ellas; pero las más, o empiezan a bostezar o suscitan entre sí alguno de los asuntos caseros o frívolos que he apuntado y no dejan de mirar con algún ceño a la que se arrimó a los señores, porque como están en posesión de ser ignorantes, les hace sombra la que no lo es. Los hombres, en general, las quieren ignorantes porque solo así mantienen la superioridad que se figuran tener. Y no es mucho piensen comúnmente de este modo, cuando un ingenio como el marqués de San Felipe en su *Monarquía Hebrea*, hablando de Deborah, juez de Israel, dice: “para que todo sea en las mujeres riesgo hasta lo que saben lo es. No faltó filósofo que dijo que era en la mujer la ciencia imperfección: como las dominamos es criándolas ignorantes”.

Yo quisiera desde lo alto de algún monte, donde [p. 204] fuera posible que me oyesen todas, darles un consejo. Oíd mujeres, les diría, no os apoquéis: vuestras almas son iguales a las del sexo que os quiere tiranizar. Usad de las luces que el creador os dio: a vosotras, si queréis, se podrá deber la reforma de las costumbres, que sin vosotras nunca llegará. Respetaos a vosotras mismas y os respetarán; amaos unas a otras; conoced que vuestro verdadero mérito no consiste solo en una cara bonita, ni en gracias exteriores siempre poco durables, y que los hombres luego que ven que os desvanecéis con sus alabanzas os tienen ya por suyas. Manifestadles que sois amantes de vuestro sexo, que podéis pasar las horas unas con otras en varias ocupaciones y conversaciones sin echarlos menos, y entonces huirán de vosotras los pisaverdes y los hombres frívolos: ninguno de estos buscará vuestro trato porque perderá la esperanza de engañaros con fingidas adoraciones; pero los sensatos, los de crianza verdaderamente buena, se hallarán bien en vuestra compañía, os respetarán, os estimarán. Tendréis la gloria de reformar las costumbres haciendo amable la virtud, irá decayendo el lujo, vuestro ejemplo hará moderados a los hombres, vuestros maridos os amarán y apreciarán, vuestros hijos os venerarán, vuestros hermanos se tendrán por dichosos con vuestro trato: viviréis felices cuanto cabe en el mundo y moriréis con la gloria de dejar una posteridad virtuosa.